





La esposa de Padilla.

I.

El viento pasa rizando
los pliegues de las banderas,
que dóciles al impulso
del trémulo soplo ondean.
En las bruñidas corazas
y penachudas cimeras,
el sol con giros fugaces
arroyos de luz destella.
En pompa y alarde rico,
fuerte en número y grandeza,
un bravo ejército luce
su vigorosa impaciencia.
La dura cota enmallada,
mas que cobarde defensa,
parece estar conteniendo
del pecho airado la fuerza.
Pecho, que no de temores,
sino de arrogancia tiembla,
que le amenaza la muerte,
pero la gloria le alienta.
.....Allá en la apartada estancia,
á donde confuso llega
el animoso murmullo
que entre las filas fermenta,
Sobre su seno, un guerrero
con dulce efusion estrecha
una esposa á quien adora,
un hijo de edad muy tierna.
Ciñéndose está la espada,
que su hermosa le presenta;
y en los brazos y en los ojos
tienen el alma y la lengua.
Ambos, pálido el semblante,
mústias sonrisas esfuerzan,
hincha los párpados tristes

llanto de amor y de ausencia.
Ya alza el blasonado escudo,
ya perezoso comienza
su marcha, y dice volviendo
entre el dolor que le aqueja:
—«Dadme otro abrazo, señora.»
—«El alma, don Juan, te diera.»
—«A recogerla en tus labios
»plegue á los cielos que vuelva.
«Adios María, adios hijo,
»adios de mi vida prendas,
»como esposo y padre os llora
»quien como valiente os deja.
«Ved de mis huestes que suben
»del Tajo por las riberas,
»mas brillantes las corazas
»que el oro de sus arenas.
»Así en la justa demanda
»á rescatar la honra nuestra,
»por si es poco la justicia,
»van la justicia y la fuerza.
»Que es la libertad, señora,
»aura de tan pura esencia,
»que quien una vez la aspira,
»no puede vivir sin ella.»
—«Sí, sí, parte, esposo mio;
»noble tú, santa la empresa,
»del mártir pueblo que gime,
»sois la esperanza y la estrella.
»Mi llanto, ¿qué importa un llanto
»que sus bendiciones secan?
»¡y tú vendrás á enjugarlo
»con laureles, con ternezas!»
—«¡Caballeros, al combate,
»al combate! presto hieran
»el aire de estas comarcas,
»los bronces de mis trompetas.
»Si en el azár del combate,
»Dios su proteccion nos niega,
»morir honrado, señora,
»sobre mis armas me resta.
»Tal vez, mi pobre cadáver
»envuelto en rotas banderas,
»sobre sus hombros mis fieles
»conduzcan á tu presencia.
»¡Dios y María! del muerto
»serán las frases postreras;
»¡Dios y tú! Luego que en llanto
»bañes mi amante cabeza,
»Muéstrame al pueblo esforzada,
»muéstrame, que el pueblo sepa
»que dió Padilla su vida
»en pago de su promesa.»
—«¿Qué hados horribles presagias?
»Don Juan mio, vé y no temas.
»¡Ay de ellos, si tú sucumbes!
»¡Ay, como tu espada vuelva!
»Yo la sostendré en las manos
»del niño que tierno dejas,
»yo le enseñaré á vibrarla
»hasta vengarte con ella.
»La libertad que te inflama
»no ha de morir, mientras tenga
»una mujer que la invoque,
»y un pueblo que la defienda.»
....
Ya al compás de los clarines
temblando al choque la tierra,
escuadrones belicosos
en pompa marcial se alejan.
Míralos partir la gente
que apiñada victorea,
con votos los acompañan
los que con armas no puedan.
Aquí mil brazos se agitan,
allí mil lienzos ondean,
y en revueltos torbellinos
un mar viviente semejan.....
.....Y entre los negros pilares,
rodando van por la iglesia
dos ecos de dos murmullos
que uno llora y otro reza.
Y en las tristes soledades
finjen palabras y quejas,
como suspiros que silvan
entre las tumbas de piedra.
—«¡Hijo! repiten las bóvedas,
»pide tú, que al cielo llegan
»las miradas de los ángeles,
»la oracion de la inocencia.
»Dios tambien tuvo una madre;
»dile que te oiga por ella,
»dile que sirva este llanto
»de escudo al que está en la guerra.
»¡Ay!..... no digas que me has visto
»de rodillas, porque vuelva
»vivo y amante á mis brazos
»aunque no luche ni venza.»

II.

LA VIUDA.

Gime la imperial Toledo
rudamente conmovida;
gentes de guerra la asedian,
gentes de guerra la auxilian.
El prior de San Juan, lucha
desesperando rendirla,
que pide su heróica gente
muerte, pero no mancilla.
El obispo de Zamora
señor de hueste aguerrida,
con la Cruz y con la espada
á los toledanos guia.
Y hay entre el fuego unos ojos
de una valiente heroina
que mueven los corazones
como el viento las espigas.
Triste, nebuloso el cielo,
agostada la campiña,
donde los ojos se tienden
tropiezan con sangre y ruinas.
Tras de un cansado guerrero,
de honor cubierto y de heridas,
la muchedumbre impaciente
en ronco vaiven se apiña.
Pidiéndole con los ojos
de su esperanza noticias,
ansioso por escucharlas,
temblando, empero, el oirlas.
El sube á un guardado alcázar,
la noble faz contraida,
y en una estancia penetra
y ante una mujer se inclina.
Pálida está como el hielo;
pero á su presencia digna,
descubriendo honradas canas
y doblando una rodilla:
—«Dadme licencia, señora,
»comienza el triste guerrero,
»para besar vuesas plantas,
»si tanta dicha merezco.»
—«Alzad; con afable rostro
»respóndele, alzad del suelo,
»y presto decid qué nuevas,
»que tristes me las dá el pecho.»
—«Comprendidos nuestros males,
»y vueso valor dispuesto,
»permitid que por injustos
»los acusen mis acentos.
»A veces, para probarlos,
»Dios desampara á los buenos;
»pero su causa, que es justa,
»mantiene sobre los tiempos.
»Negro el corazon de luto,
»negro de ira el pensamiento,
»vengo desde Villalar,
»y yo no sé como vengo,
»Que en el penoso camino
»matáranme los recuerdos,
»á no dar fuerzas al alma
»con la esperanza de veros.
»¡Villalar! ¡funesta tumba
»de la libertad del reino!
»el lodo hasta las rodillas,
»el agua en el rostro hiriendo.
»Peleamos contra el de Haro,
»contra torrentes y vientos,
»contra injusticias de propios,
»contra rapiñas de agenos.
»Sangrienta lucha, señora,
»fué aquella lucha, el infierno
»es imposible que abarque
»mas horrores en su seno.
»¡Oh, la esposa de Padilla!
»ya no hay patria, ya no hay fueros,
»la ambicion levantó un trono
»sobre cadáveres nuestros.
»Pelear contra los hombres
»sabe vuestro esposo hacerlo;
»pero si el cielo acomete,
»¿quien es fuerte contra el cielo?
»Yo ví aquel brazo robusto
»despues de roto su ejército,
»empuñar la enorme lanza
»como un huracan de hierro.
»Vile romper denodado
»de escuadrones por en medio,
»á cada lanzada un grito,
»pero á cada grito un muerto.
»Ví al vizconde de Valduerna
»botar de la silla al suelo;
»mas ví tambien aquel héroe.....
»¡jamás alcanzára verlo!
»De sangre y lanzas cercado,
»falto de escudo y de aliento,
»y..... cuando acaban las fuerzas

»no pide mas el denuedo.
»Esta espada y este escrito
»os manda en su lance estremo,
»y permitid que mis ojos
»acaben..... ¡que yo no puedo!»
Y el pergamino y la espada
recibió heróica y altiva,
sin que la temblara el pulso,
sin nublársele la vista.
Dos lágrimas y dos labios
en silenciosa agonía,
cayeron como hojas muertas
sobre las santas reliquias.
—«Gracias,» dice, y asomando
á donde el pueblo se agita,
arrójale el pergamino,
y aréngale de esta guisa.
—«¡Mi heróico pueblo, mi amparo,
»ahí va la sentencia inícua!
»¡ahí vá! ¡leedla!..... ¡ya ha muerto!
»¡tambien ha muerto Castilla!»

—»¡Sus, por la viuda del héroe!
»¡guerra!» por do quiera gritan,
y el eco vuelve á los valles
estruendo de armas batidas.
—«Pues bien, guerra, mis valientes,
»¡guerra! esclama convulsiva,
»he aquí su espada, esta espada
»que roja en sangre me envia.
»Yo la esgrimiré en su nombre,
»yo iré en su nombre á la liza,
»y brillará como un tiempo
»la primera en vuestras filas.
»Yo vestiré rudas armas,
»yo guiaré al que desanima,
»¡y el grito de mis legiones
»será el de la muerte misma!
»Espire el mártir, espire
»con alma noble y tranquila,
»¡qué aun resta un pueblo, una viuda
»y un hijo, todos Padillas!»

J. C.



DEPÓSITO CENTRAL,
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,
Carretas, 9.

MADRID: 1870.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EDUARDO CUESTA
Rollo, 6, *bajo*.